

María Colodrón Sánchez:

**Sistema familiar, ciclo evolutivo y proyecto de vida (2ª parte):
La adolescencia o el tránsito a la identidad.**

Para Pepe, por su interés y su confianza.

Introducción

Como se planteaba en el primero de esta serie de artículos, podemos entender el desarrollo evolutivo como una sucesión de cuatro etapas y sus respectivas transiciones al emplear una metáfora de los ciclos de la Naturaleza. Si la infancia se podía comparar con la mañana o la primavera de la vida, habría también una correspondencia de la juventud con el mediodía y la energía del verano. Así mismo, la adolescencia puede verse como el tránsito entre ambas fases. Este tránsito, etimológicamente “cambio (*trans-*) de lugar (*-situs*)”, es el segundo que se produce en el ciclo vital, pues el primero que es el nacimiento, traslada al individuo desde el “no-ser” hasta el mundo del ser. La adolescencia conlleva un periodo de cambios del propio individuo y también del sistema al que pertenece pues el principal reto de este tránsito es “trasladarse” desde el sistema familiar de origen hasta un sistema actual propio que el adolescente debe comenzar a construir y cuya consolidación y crecimiento será la tarea que caracterice el periodo de la juventud o segunda etapa vital.

A este respecto también comentábamos, en ese primer artículo, que durante la niñez el sistema de origen y el sistema actual suelen coincidir, salvo excepciones como es el caso de la adopción. Por ello, en la adolescencia se produce una escisión tan dolorosa como necesaria para que finalmente el joven pueda identificarse con dos sistemas diferenciados, el de origen y el actual. Este fenómeno de separación y construcción constituye la esencia del periodo adolescente y explica los principales rasgos que lo

caracterizan: la culpa de crecer, el descubrimiento de la espiritualidad y el desarrollo de lealtades más allá del sistema familiar de origen como son las generacionales y las relacionadas con colectivos. Además de las dificultades intrínsecas a un periodo de transformación, podemos encontrarnos con una serie de desórdenes que pueden dificultar enormemente el desarrollo de este tránsito y por tanto de las etapas siguientes, pues si durante la adolescencia no se realiza este proceso de diferenciación, o se hace de manera incompleta, afectará inevitablemente en las siguientes etapas vitales. Así, al igual que nos alumbran en el momento de nuestro nacimiento, durante la adolescencia el individuo necesita alumbrarse a sí mismo.

Una metáfora que podría representar este proceso de transformación sería la conversión de la oruga a mariposa. No importa que la oruga no quiera transformarse porque es feliz mascando hojitas verdes en el árbol que conoce. Tampoco importa que le dé pereza comenzar a construir su capullo y dar vueltas y más vueltas sobre sí misma para crear un refugio seguro donde vivir su metamorfosis. Ni siquiera el recelo por lo que tiene que llegar o el miedo al propio dolor de la transformación podrán impedir que esta se produzca. Quiera o no el preadolescente, quieran o no sus padres, todos tendrán que despedirse del niño que conocieron y dar la bienvenida a alguien que es el mismo y distinto simultáneamente. Los padres pueden poner el peso en el duelo y en la pérdida o en la ilusión y la confianza, pero ambas emociones necesitan tener su espacio para que no recaiga la contradicción únicamente sobre el adolescente. Puede que gane la nostalgia y nuestra mirada recaiga sobre todo en lo precioso y tierno que era nuestro niño, o lo dulce y simpática que era nuestra niña, y que qué lástima que ahora no sean como eran sino que son patosos y desobedientes y llenos de pelos y espinillas y ya no tienen esa gracia que les caracterizaba, ni nos es fácil el contacto físico pues ya no podemos acunarles y nos sentimos incómodos haciéndoles arrumacos. Entonces ese adolescente se sentirá cuestionado por algo que ni siquiera está en sus manos o es su responsabilidad y posiblemente reaccionen enfadándose con ese proceso inevitable, reaccionando de manera exagerada a nuestros comentarios al percibirlos como ataques personales, sintiendo culpa e impulsos autodestructivos, intentando infantilizarse o no crecer, viviendo rechazo hacia sí mismos, etc. Por el contrario puede que nos sintamos especialmente satisfechos por el logro de haber criado al niño, de haberlo sacado adelante, puede que pongamos nuestro énfasis en la alegría y la ilusión por las nuevas posibilidades que aparecen en la vida de nuestro hijo, en todas las grandes cosas que le depara su futuro. Pero aunque aparentemente esta actitud positiva podría parecernos mucho más adecuada, es posible que nuestro hijo se sienta solo e incomprendido. Cómo podrá compartir sus temores y dudas si sus padres parecen encantados, se planteará si lo que le pasa no es normal, creará entonces que sus padres no lo vivieron igual, que para ellos fue más fácil, se preguntará si es cobarde o débil o incapaz porque él este asunto de crecer no lo ve en absoluto con ilusión sino más bien amenazador y angustioso. Es decir, si queremos acompañar al adolescente en este tránsito lleno de contradicciones y ambivalencias conviene que reconozcamos ambos impulsos en nosotros, los respetemos por igual y busquemos pactos constructivos las necesidades que nos plantean.

La mayoría de las personas tenemos un estupendo mecanismo para olvidar o minimizar el dolor al que ya hemos sobrevivido. De hecho en muchas ocasiones no es tanto que olvidamos como que no estamos dispuestos a recordar aquello que nos provocó sensación de vulnerabilidad, vergüenza o dolor. Por eso, aunque por suerte todos los adultos hemos sido adolescentes y podríamos apoyarnos en nuestra experiencia para relativizar emociones y comprender mejor algunas situaciones, generalmente no nos apoyamos en nuestra propia vivencia para acompañarlos. Muchos de los padres que acuden a mi consulta, preocupados por sus hijos que entran en la adolescencia o transitan por ella, suelen plantear como demanda “que mi hijo no sufra lo que yo sufrí”, “que a mi hijo no le pase lo que me paso”, “que mi hijo no cometa los mismo errores que yo cometí”. Hace poco una mujer me comentaba su preocupación acerca de su hija. Había pedido la emancipación y a veces dormía en la calle, flirteaba con distintas sustancias psicoactivas y llevaba a cabo frecuentemente distintas conductas de riesgo. Cuando le pregunté por su propia adolescencia, me miró con esos ojos que dicen “pídeme cualquier cosa excepto esa”. Cuando pudo comenzar a narrarme sobre esa época de su vida me contó que había sido terrible, su madre la había echado de casa, había consumido drogas, se había intentado suicidar dos veces y la ingresaron en distintos centros psiquiátricos y estuvo participando en varios programas de rehabilitación. Lo llamativo es que actualmente era una profesional de éxito, vivía felizmente en pareja y además de su hija adolescente tenía unos gemelos de siete años con los que disfrutaba enormemente. Le comenté que si ella había conseguido construir una vida actual satisfactoria después de haber superado ese periodo tan difícil y autodestructivo, podría confiar en que su hija también fuera capaz de hacerlo. Le sugerí que a lo mejor podía ayudar a ambas si ella compartía con su hija su propia experiencia. Me respondió que eso era imposible, que le había costado mucho “olvidar todo aquello” y que no quería que su hija descubriera que su madre no era la mujer madura y responsable que ella conocía. Le contesté que el haber vivido esas experiencias no le hacía ser menos madura y responsable, sino más bien lo contrario: conociendo distintas formas de vivir, ella había elegido una que ahora le hacía feliz y que ese era un buen modelo para cualquier hijo. Ver que sus padres se han dado la oportunidad de cambiar, de aprender de las experiencias, de buscar pactos alternativos con la realidad permiten que el adolescente no sienta que lo suyo es “un caso imposible” tan sólo que está pasando por un tránsito que todos hemos sufrido y disfrutado, a veces más uno que lo otro, y al cual no sólo se sobrevive, en la mayoría de los casos, sino que permite adquirir una fuerza a la que no deberíamos renunciar, ni siquiera por intentar olvidar el dolor vivido .

Los adolescentes ante el Orden de Pertenencia

Según la doctora Kübler-Ross a partir de los 8-10 años de edad, los niños comienzan a ver la muerte como un estado permanente en vez de temporal. Hasta ese momento, no pueden concebir el “nunca más” y por lo tanto el mundo de las posibilidades era infinito y la realidad y la fantasía se entremezclan en lo cotidiano y en lo trascendente.

El hecho de empezar a valorar la muerte como un suceso de consecuencias permanentes implica a su vez la posibilidad de ser “héroes”. Como bien cuentan los mitos griegos: los dioses no pueden ser héroes pues sólo siendo mortal te juegas “algo” al anteponer la dignidad a la seguridad. Esta idea la van a llevar los adolescentes hasta las últimas consecuencias pues todavía no han adquirido plenamente la capacidad para relativizar y sin embargo ya sí pueden sentir la posibilidad de elegir su manera de enfrentarse a los avatares del destino. En el adolescente se produce una revolución copernicana, el centro del universo deja de ser su familia para pasar a algo mucho más amplio. El hecho de comenzar a vincularse con sus iguales, a través de relaciones cada vez más significativas con compañeros, amigos y/o pandilla, manifiesta que la única forma de trascender la pertenencia familiar será la lealtad generacional que en el adolescente se convertirá temporalmente en el centro de su universo. Igual que el niño de dos años descubre el no para autoafirmarse y el de cuatro lo actúa, el adolescente descubre todo lo no incluido por sus padres y familia. Comienza el interés por todo lo que es diferente pues así puede comenzar a construir su identidad. Este es un concepto paradójico ya que identidad implica al mismo tiempo lo que es único y diferente (*identitas*) y lo que es igual o se repite (*ídem*). Es decir en el adolescente, la dialéctica entre los polos antagónicos y complementarios de pertenecer vs. ser único, comienza a tornarse en lucha interna e intensa que necesitará resolver encontrando una síntesis que le resulte aceptable. Poco a poco, experimentando las contradicciones, aprendiendo que toda elección siempre implica una ganancia y también un precio que hay que pagar, podrá llegar a pactos cada vez más satisfactorios entre su necesidad de ser como los demás y su necesidad de ser especial. Primero necesitará ser diferente a sus padres y para ello posiblemente incluirá lo que no tenía demasiado lugar en su familia. Tres casos que conozco de manera cercana y pueden ejemplificar este aspecto son:

- El hijo único de un hombre que había pertenecido al Partido Comunista y luchado contra el franquismo, durante la adolescencia se aficionó a coleccionar símbolos de la Falange y distintivos del bando nacional.
- La hija pequeña de una familia acomodada, terapeuta familiar la madre y policía el padre, cuyos hijos mayores habían tenido unas adolescencias tranquilas y un comportamiento “ejemplar”, se escapó de casa con 16 años para irse a vivir con su novio camerunés a una habitación que compartía con otros cinco “sin papeles”.
- La hija de dos toxicómanos, el padre muerto por sobredosis, y que se había criado con la abuela, no probaba el alcohol ni el tabaco a pesar de salir con amigos que sí lo hacían. Trabajaba desde los 14 años dando clases particulares y aportaba, dentro de sus posibilidades, a la economía familiar de sus abuelos.

Al mismo tiempo, también podemos encontrar adolescentes que se posicionan claramente identificándose con su familia, de manera que al adoptar rasgos característicos de su sistema de origen los incluirían en su grupo de iguales: distintivos religiosos, apariencia externa, gustos musicales, valores políticos, etc. Muchos elementos familiares son trasladados al grupo de iguales mediante dos mecanismos complementarios: la búsqueda e inclusión en un grupo de iguales que comparten

dichos elementos, o la aportación en un grupo de iguales donde dicho elemento o característica le dan un lugar propio y diferenciado. El primer mecanismo se observa en la creación de pandillas de un mismo estatus sociocultural y/o económico que comparten manera de vestir, hablar y plantearse su futuro. Los compañeros de colegio o instituto, los amigos del barrio o los miembros de una asociación juvenil tienden a compartir unos modos comportamentales parcialmente mediados por las respectivas familias a las que pertenecen. Por otra parte, el segundo mecanismo se pone de manifiesto cuando observamos que no todos se comportan de la misma manera. Aunque puedan incluirse por compartir valores y actitudes semejantes, en una pandilla uno puede tener el estatus de “poeta” o de “líder”, de “responsable” o del “que busca problemas”, de “tradicional” o de “bohemio”. Esta asunción de roles no sólo está mediatizada por el carácter sino también por la inclusión de características familiares o el traslado del personaje paralelo o complementario que al adolescente se le ha “adjudicado” en su casa. Puede que la niña buena, siga con el rol de “amiga que escucha”, o por el contrario que entre sus amigas se permita sacar su lado más provocador que no se permite manifestar con sus padres.

En cualquier caso los adolescentes se encuentran siempre en medio de la lucha entre polos. Por una parte los “movimientos del Espíritu” se dan espontáneamente con una fuerza inusitada. Por la otra, la conciencia familiar y generacional del adolescente, sigue mostrando la importancia de los vínculos que se crean a partir de compartir destino. Respecto a los “movimientos del Espíritu”, aquel impulso que permite unir lo que previamente se encontraba separado, se observa la fascinación y el éxito entre los adolescentes de novelas y películas como la saga de Crepúsculo, la historia de atracción fatal entre una mortal y un familia de vampiros, donde luz y sombra se transforman en algo indisoluble a través del amor. A pesar de la dudosa calidad literaria del libro, es interesante contemplar como expresa la necesidad que la mayoría de los adolescentes tiene por ampliar su mundo a partir de la inclusión de lo opuesto. Desde Romeo y Julieta hasta Rebeldes, pasando por Bodas de sangre, la historia de dos mundos enfrentados que se encuentran, feliz o fatalmente, en la pasión amorosa de dos de sus representantes más jóvenes, es la historia de trascender la conciencia grupal y alcanzar al mismo tiempo la individuación y la disolución en algo más grande.

La necesidad de tomar destinos o aspectos excluidos del sistema se puede seguir produciendo en la adolescencia de manera similar a lo que observamos durante la infancia. Sin embargo, la conciencia familiar debe convivir ahora con una conciencia generacional que también requiere la inclusión de los aspectos no integrados por las generaciones anteriores, principalmente la de los padres, por ello el adolescente se convierte en un artista de combinar ambos tipos de lealtades. Esto significa que necesitaremos tener en cuenta esta doble vertiente para comprender e intervenir sobre cualquier dificultad o problemática del adolescente. Por ejemplo, una mujer vino a un taller de constelaciones preocupada por su hijo de 17 años. Vivían en un pueblo de la sierra de Madrid. Su hijo pertenecía a una pandilla de muchachos de edad similar que habían entrado en una casa abandonada con idea de “okuparla”. En la intervención de la Guardia Civil, sólo él había sido llevado a comisaría, todos sus amigos habían

escapado a tiempo. La madre estaba preocupada porque ni estudiaba ni trabajaba, además consideraba que tenía algo de “víctima” o de “gafe” pues desde que era pequeño solía meterse en problemas y frecuentemente era el único al que parecían “pillarle” los profesores o la autoridad. Al indagar sobre sucesos familiares, el abuelo de la mujer se había “librado” de ir a la guerra gracias a que un primo suyo se había hecho pasar por él, y que resultó muerto en el frente. Por otra parte, el abuelo y el padre habían creado sendas empresas que habían quebrado en dos crisis económicas, la del 73 y la actual. Por su parte esta mujer trabajaba en una empresa de cobro de morosos. Cuando le señalé que toda la familia parecía relacionarse de una forma u otra con la ruina económica, bien por sufrirla bien ganar un sueldo gracias a ella, se puso a la defensiva y comentó que ella no vivía de la ruina de los demás sino de “enseñarles cómo gestionar mejor sus recursos”. Indagando un poco más pude extraer que las dos quiebras habían producido consecuencias muy distintas. La de su padre, que había vivido en su niñez, supuso una pérdida importante de poder adquisitivo, tuvieron que vender su casa, mudarse de barrio y cambiar de colegio. Además su madre se puso a trabajar y dejó de estar disponible para sus hijos como antes. Por su parte, el marido había podido vender la empresa a pesar de las pérdidas y ahora estaba de empleado en otra lo que le permitía tener más tiempo libre y sobre todo dejar de estar tan angustiado. Cuando constelamos la situación pedí que eligiera un representante para ella, uno para el padre, otro para el hijo y un cuarto para representar la ruina económica. Su representante dio la espalda a la ruina económica mientras se acercaba a su marido y le sujetaba por el brazo. El representante del hijo se aproximó a la representante de la ruina económica. Sólo cuando la madre pudo decir al representante de la ruina, mirándola a los ojos y con respeto, “tú también perteneces; mi familia es como es también gracias a ti”, el representante del muchacho pudo separarse de él. Sin embargo el representante del hijo no podía acercarse a los padres y tenía la mirada perdida, como si faltara algo. Sacamos un representante para el bisabuelo del muchacho (el abuelo de la mujer cuyo primo había ido a la guerra por él). Ambos representantes, el del hijo y el del abuelo, comenzaron a deambular de manera similar pero sin mirarse. Le pedía a la mujer que mirara al representante de su hijo y le dijera “Ahora sé que lo llevas por él”. Ante esa frase, el representante del muchacho se echó a llorar y pudo acercarse a su madre y también a su padre. Desde allí, le pedí que dijera al representante de su bisabuelo: “querido bisabuelo, dejo contigo la culpa que te pertenece, y con ella te devuelvo tu dignidad”. Ambos representantes, del hijo y del abuelo de la mujer, se miraron con cariño mientras sus cuerpos se relajaban. A partir de ese momento el representante no tuvo dificultad para posicionarse delante de sus padres, mirando al futuro respaldado por ellos. El bisabuelo se giró y se alejó, al preguntarle comentó que se sentía sereno. El representante de la ruina económica, que había estado presenciando estos movimientos también dio unos pasos hacia atrás y comentó que se sentía tranquilo. La mujer que había hecho la demanda, comentó en la rueda de cierre, “a partir de hoy voy a estar muy atenta a todo lo que le debo a la ruina económica, especialmente por permitirme llevar un sueldo a casa”. Si nos fijamos, las implicaciones y lealtades del asunto trabajado se entretrejan entre sí de una forma sorprendente y extrañamente bella: la madre trabajaba gracias a la ruina de otros de forma que estaba siendo leal a su madre, que había comenzado a trabajar debido a la ruina de su esposo; el hijo estaba incluyendo lo que a la madre le costaba mirar y también lo que al padre parecía haberle dado la posibilidad de cambiar a una vida más tranquila y feliz; además, en

relación con sus amigos, el hecho de “atraer” las consecuencias de los actos que todos ellos habían cometido, le permitía tener un rol distintivo además de ser leal a su padre sacando “algo bueno de la ruina” (parece que esto podría estar expresando el “movimiento okupa”); en relación a la conciencia familiar, el hijo estaba incluyendo también, al intentar “expiarla”, la culpa que su bisabuelo llevó y, posiblemente, gracias a la cual su abuelo, su madre y él mismo estaban en la vida.

Los adolescentes ante el Orden de Jerarquía

En la adolescencia, observamos como los dos tipos de cambios que se pueden producir en el sistema familiar, los cotidianos y los extraordinarios, terminan coincidiendo. Si los cotidianos se encuentran relacionados con el desarrollo evolutivo de los miembros que componen el sistema y los cambios extraordinarios son los que afectan a la propia estructura del sistema, el adolescente experimenta como los cambios que le transforman como individuo van a terminar transformando también al sistema familiar y social al que pertenece. Esto trastoca de alguna manera su autoconcepto como “pequeño” y le hace tambalearse en una posición llena de inseguridad y ambivalencia. A este respecto conviene recordar la idea de Hellinger, según la cual el sistema actual tiene prioridad sobre el sistema de origen, en contraposición a la jerarquía entre los miembros de un sistema donde el miembro anterior tiene prioridad sobre el posterior. Esta diferenciación es importante para entender la dificultad que entraña “la culpa de crecer” que viven los adolescentes, especialmente aquellos que han sido “buenos niños”. Los hijos que han vivido a sus padres fundamentalmente como los “mayores que me protegen”, por otra parte algo deseable y positivo, se encuentran con la dificultad añadida de vivirlos como los que “que me retienen con su amor”. Así, cuanto más agradecido y cariñoso se mantenga nuestro hijo, ese adolescente que todo padre “desearía”, más atrapado se sentirá en el proceso de separación. Si bien es difícil facilitar el tránsito de nuestros hijos adolescentes, quizás sí podemos no hacérselo más complicado de lo que ya es: conviene que pongamos límites claros y normas coherentes; que permitamos que se enfaden con nosotros, con y sin razón; evitar hacer siempre de “buenos de la película”; comprender que su necesidad de encontrar referentes externos no es tanto un cuestionamiento o invalidación de nuestros propios criterios y opiniones sino la búsqueda de una mirada más amplia que es la que permitirá al adolescente encontrar su identidad propia.

Ya que crecer y “desbanicar” a los padres como únicos referentes de autoridad y principales figuras de satisfacción afectivo-emocional, genera culpa, el adolescente intentará superar o evitar la culpa mediante distintos mecanismos. Uno de los mecanismos habituales para no sentir culpa es sustituirla por rabia y enfado. La actitud de “mis padres no me comprenden”, “no se enteran de nada”, “son injustos conmigo”, etc. resulta enormemente eficaz para no sentir cotidianamente la culpa de sustituir a

los padres por el mejor amigo o amiga en nuestra necesidad de confidencias, de que ya no nos apetezca estar “en familia” cuando antes era lo que más nos gustaba, de que la ropa que nos regala mamá nos parezca una horrerada, de que las bromas que nos encantaban de papá nos resulten ahora tonterías... También es muy eficaz hacerles sentir culpables a ellos: “si no me dejáis hasta la misma hora que los demás voy a ser un marginado”, “vosotros lo veis todo muy fácil”, “no os dais cuenta de todo lo que me esfuerzo y lo poco que me lo reconocéis”, y etcétera de nuevo. También está el mecanismo de dar a los padres lo que nos gustaría que nos dieran a nosotros: interesarnos por su vida privada; querer que se separen si consideramos que su matrimonio no es feliz o animarles a buscar pareja si se encuentran sin ella; dar consejos de cómo educar a un hermano, mayor o menor; y, en definitiva, posponer nuestro proyecto de vida hasta que nuestros padres no sean felices. Recuerdo una chica de 18 años que vivía la “culpa de crecer” con su madre y con su mejor amiga. Cuanto más comprensivas y amables eran con ella más arisca y deprimida se encontraba. La solución que había encontrado era no pasar por casa (academia de inglés, estudiar en la biblioteca, autoescuela...), y buscar compulsivamente un novio a su amiga. Cuando le pregunté que necesitaba para encontrarse más a gusto e su vida me contestó que la tranquilizaría si su madre encontraba pareja y si su amiga dejaba de pedirle que fuera como antes. Mientras me lo decía se le llenaban los ojos de lágrimas y añadía: “antes era cariñosa y sociable, ahora no me aguanto ni yo. Sé que a mi madre y a mi mejor amiga les gustaría que fuera como antes pero aunque pudiera no quiero ser como antes, sólo quiero que me dejen en paz”. Haciendo un trabajo con muñecos donde pudo ver como su figura se encontraba atrapada entre las personas que más quería, pudo comprender que su necesidad de ser arisca y distanciarse era la mejor forma que había encontrado para permitirse tener espacio para crecer sin necesidad de cubrir continuamente las expectativas de los demás. Meses más tarde, al hablar con ella por teléfono, me comentó que se encontraba mucho más tranquila y que ahora quería buscar novio ella en vez de estar preocupada de que lo consiguieran su madre y su amiga.

En definitiva, el adolescente va a tener dificultades en distinguir el orden jerárquico y esto se extenderá en su relación con cualquier tipo de autoridad establecida: como miembro de su sistema de origen llega después por lo que necesita respetar a los que llegaron antes y también respetar como lo han hecho; y, al mismo tiempo, el sistema actual propio que comienza a construir requiere ser prioritario para el adolescente, pues si no será imposible que corte el cordón umbilical con la familia de origen, causando en las posteriores etapas los ya conocidos problemas de confluencia familiar y falta de individuación. Nosotros, los padres y educadores, podemos contribuir a clarificar los diferentes posicionamientos mediante la propuesta de pactos realistas que busquen el equilibrio entre la necesidad de libertad y expansión y la conveniente actitud de respeto hacia los mayores que les hará sentir menos inseguros y perdidos:

- La autoridad viene dada por lo que uno tiene que el otro necesita. El adulto tiene una experiencia en la que el adolescente puede apoyarse. No es necesario “ejercer” autoridad mediante el castigo, basta con tomar conciencia que tenemos algo que es valioso para el adolescente: nuestras vivencias y nuestra confianza.

- La confianza debe sustituir paulatinamente a la protección. Cuidar de un adolescente no es como cuidar de un niño. Aunque sea vulnerable se encuentra en pleno proceso de adquisición de fuerza, si no confiamos en sus capacidades de resolver sus dificultades, aprender de los errores y superar obstáculos, le debilitamos.
- Al adquirir fuerza el adolescente se siente tentado a desplegar un poder que antes no tenía. Esta fascinación por ejercer el poder es natural y debe ser aceptada aunque también canalizada de manera constructiva.
- Necesitamos enseñar al adolescente a manejar el poder que comienza a percibir como propio, otorgándose en la medida que pueda aceptarlo. El poder dado antes de tiempo suele ser destructivo, el poder dado de manera tardía suele generar rencor. El adolescente puede tomar su poder en la medida que se responsabilice de su autocuidado. La responsabilidad sobre el propio bienestar es la señal de identidad del adulto.
- Sólo si somos protagonistas de nuestra propia vida podremos permitir que nuestro hijo comience a ser protagonista de la suya. Es fácil que durante la crianza de los hijos hayamos tenido que posponer y relegar nuestras necesidades personales. La adolescencia de nuestros hijos nos obliga a retomarlas y buscar formas alternativas de satisfacerlas porque si seguimos reprimiéndolas, sublimándolas a través de ser padres ejemplares o proyectándolas en nuestros hijos, estamos haciendo un flaco favor a ellos y a nosotros. Si ser adulto es ser responsable de nuestro propio bienestar y nosotros tenemos la autoridad sobre nuestros hijos por haberlo logrado, ser adultos, antes que ellos, entonces podemos ejercerla siendo un modelo que teniendo en cuenta sus necesidades personales busca y renueva pactos satisfactorios con la realidad.
- La rebeldía es la necesidad de encontrar una perspectiva propia combatiendo las conocidas y/o aceptadas previamente. Conviene mostrar al adolescente que es conveniente que tenga su propia forma de ver las cosas aunque muchas veces no estemos de acuerdo. A medida que se vaya ampliando el mundo del adolescente, se convierta en joven, su "lucha" será más constructiva. La búsqueda de pactos satisfactorios entre necesidades y circunstancias es un proceso dinámico y creativo que conlleva manejar continuamente alternativas y valorar el ajuste entre ganancias y pérdidas. Evidentemente, sólo a medida que nos vamos conociendo a nosotros mismos y aprendemos de la experiencia, podemos optimizar este proceso que nos llevará a una juventud y una madurez plenas.

Los adolescentes ante el Orden de Compensación

En la sociedad occidental actual la adolescencia es vista más como un periodo o fase vital que como un tránsito entre dos de ellas. Esto se debe a que adolescencia y

juventud terminan por solaparse ya que la posibilidad de establecerse como sistema diferenciado es muy reducida dada la tardanza con la que se produce la emancipación económica. Esta dependencia del sistema familiar de origen contrasta enormemente con la necesidad de autonomía social y emocional de los adolescentes y jóvenes. Se produce un círculo vicioso en el que debido a que no pueden crear su propio hogar, los jóvenes proyectan su necesidad de diferenciación y emancipación a través del consumo y la obtención de del “estatus” como adulto no a partir de lo que dan o construyen sino sobre todo a partir de lo que toman y obtienen. Este tipo de implicaciones del contexto socio-histórico, nos lleva a pensar que la adolescencia parece un invento del mundo occidental actual y que en otras sociedades y culturas apenas tiene peso ya que el tránsito entre niñez y ser adulto pasa por un rito de iniciación o “de paso” que supone este cambio de estatus que en nuestra sociedad cuesta años de preocupaciones y angustias por parte de todos los implicados. Por ejemplo, en la tradición judía se considera que los varones son miembros de la comunidad adulta a la edad de 13 años y las chicas a la edad de 12. Esta transición se celebra mediante un ritual, *Bat Mitzvah* para las mujeres y *Bar Mitzvah* para los varones. En distintos países de Latinoamérica, como México y Colombia, se celebra la *fiesta de quince años* para las chicas y la de los *quintos* para los chicos (esta también es tradicional en distintos lugares de España). Antiguamente también en Europa se celebraba en las clases acomodadas “la puesta de largo”, con una significación similar a las de los “quince”. La celebración de Japón de este tránsito se llama *seijin shiki* (la “llegada de la edad”).

En muchas sociedades, el paso de la condición infantil a la adulta se vehicula mediante un rito de paso, la iniciación. Por ejemplo, el niño puede ser metafóricamente raptado y devorado por un monstruo, muriendo así como niño. En el curso de la iniciación ha de afrontar una serie de desafíos que ponen a prueba su valor y que le permite adquirir un conocimiento exclusivo en relación a sí mismo y a su relación con lo más grande. Curiosamente este aspecto se asemeja a la importancia del desarrollo espiritual durante la adolescencia, sobre el que hemos hablado con anterioridad. Tras superar la prueba, se reintegra a la comunidad como adulto, con un nombre nuevo y algún tipo de señal que permite que los demás “iniciados” lo reconozcan como un igual. De esta forma el “iniciado” podrá fundar una familia y participar en las instituciones, es decir, se convierte en adulto por derecho propio. Como han señalado diversos autores, Propp y Bettelheim entre otros, quedan también huellas de estos rituales en el esquema de muchos cuentos tradicionales: el héroe de los mismos se corresponde con el iniciado, y su lucha contra un monstruo o villano con poderes sobrenaturales es una metáfora del ritual de paso. Superada la prueba, el héroe obtiene un tesoro (el conocimiento iniciático), el reconocimiento social a sus hazañas (el estatus de adulto) y a menudo, la mano de la princesa (el derecho a fundar una familia).

Sin embargo en nuestra sociedad el adolescente toma más de lo que da y ese desequilibrio es otro factor que afecta negativamente durante el tránsito. Generalmente todo lo que se le pide, o exige, al adolescente en relación a “dar” es que invierta en su futuro a través de estudiar y formarse para el ingreso en la sociedad productiva. En decir, al adolescente se le exige “tomar” pero no “dar”. Cuando esto

sucede, el adolescente no puede experimentar lo gratificante de “dar” algo valioso y significativo a los demás, sino que debe seguir aceptando con paciencia sentirse “objeto de inversión” de los padres y de la sociedad. Por su parte los padres premian que el hijo “tome las posibilidades de un futuro mejor”, dándole adicionalmente compensaciones y premios a través del permiso para consumir ocio y de los medios económicos para consumir comodidad. El adolescente no podrá demostrar lo que es capaz de “dar” hasta que no deje de ser adolescente (hasta que se convierta en un adulto joven que participe en el sistema de producción). Este desequilibrio aparentemente irresoluble, esta deuda siempre creciente del adolescente, le lleva a rebelarse aún más visceralmente contra el sistema establecido que le utiliza doblemente: para realizar un consumo financiado por los padres y para convertirse en un consumidor que se autofinancie. Este hecho no tiene tanto que ver con la política como con la frustración existencial, medianamente oculta por la satisfacción hedonista y la comodidad material, por no haber podido desarrollar su propia revolución personal en la que la necesidad de contribuir y creer en mundos alternativos juegan un papel principal. Igual que a la generación de los 90 nos parecía envidiable la oportunidad que tuvieron los del 68, actualmente los movimientos sociales en el Norte de África, algunos países de Europa (el movimiento del 15M o de “los indignados”) y otros lugares del mundo, nos hacen recordar que el espíritu de los jóvenes que no sólo creen que otra forma es posible sino que intentan llevarla a la práctica. No importa tanto el conseguirlo o no como el hecho de haber actuado en consonancia con nuestras creencias y necesidades. El adolescente es un héroe que lucha contra sus propias contradicciones y confusión y que sólo encontrará la paz al desarrollar su propia coherencia en la acción. Los padres y educadores no deberíamos convertirnos en el dragón o en rival a quien derribar, pero tampoco deberíamos dejarnos seducir por la figura del hada madrina o del protector. Sólo cuando no intentemos salvarlos de sí mismos y de su tránsito, podremos acompañarles en la aventura para admirar sus logros y relativizar sus fracasos, pero siempre respetando todo lo que tienen que dar.

Reflexiones finales

El adolescente en su tránsito hacia la adultez, como héroe de su propio mito a construir, tiene que superar tareas hercúleas. Necesita superar límites y barreras: las de la infancia y su universo de fantasía donde la muerte no es eterna y las posibilidades son infinitas; las del cariño y la culpa por “matar” al bienamado hijo de sus padres que antes era; las de sus propios cambios físicos y emocionales que le atrapan, le confunden y le dotan de nuevas posibilidades. Necesita aprender a renunciar y valorar tanto lo que deja atrás como lo que gana: enfrentarse al miedo de no cumplir las expectativas de sus padres y de los adultos, de equivocarse, de encontrarse solo; asumir las consecuencias de crecer, de tener criterios propios, de perder el refugio que suponía la inocencia y la ausencia de responsabilidad; aceptar que las presiones grupales, vividas consciente o inconscientemente, nos obligan a la difícil tarea de ser iguales y únicos al mismo tiempo. Necesita entrar en contacto con

una realidad más amplia, que se abre ante él como un mundo nuevo lleno de peligros y tesoros: el contacto consigo mismo (diarios, música, el encerrarse en el cuarto) le facilitará explorar las profundidades de sus sueños, anhelos, dolores y potenciales; el contacto con la Naturaleza (acampadas, mascotas, deportes al aire libre) le permitirá conocer sus límites y disfrutar trascendiéndolos, así como enfrentarse a responsabilidades de su condición humana, con capacidad tanto para preservar como para destruir; el contacto con el mundo de la cultura (intereses artísticos, descubrimiento de la Historia y la Filosofía, viajes a otros lugares y costumbres) le ayudaran a relativizar sus vivencias al descubrir que ya antes que ellos muchos soñaron con utopías y mundos mejores, que muchos intentaron alcanzarlos con sus propias contribuciones y luchas, que al final lo importante de crecer no es tanto tener poder sobre los demás o que los demás dejen de tener poder sobre uno, sino encontrar el sentido de avanzar construyendo camino y permitirse vivir el mejor de los destinos, el suyo propio.

La adolescencia implica confusión, contradicción y ambivalencia, por lo que son estas características, y el hecho de que puedan tener cabida, lo que permite o ayuda a fructificar las potencialidades que se han vislumbrado durante la infancia y la niñez. Los adolescentes no esperan ni escuchan, han descubierto que la vida es un río sin retorno y se han lanzado a la corriente, posiblemente sin el salvavidas que a nosotros nos gustaría regalarles, pero con un instinto innato de nadar y cuando llegue su momento de llegar a buen puerto. No podemos pedirles que no salten al agua, ni rescatarlos antes de tiempo, pues eso significaría castrar su esencia y mutilar su futuro. Ni siquiera por su propio bien podemos impedir que, como decía el gran sabio y poeta, “nuestros hijos sean los hijos y las hijas de los anhelos que la vida tiene de llenarse a si misma”. Así que, en palabras de Gibran, nosotros los padres somos “los arcos con los que nuestros hijos, como flechas son lanzados a la vida”. Y en ese “doblar el arco” podemos elegir entre sufrirlos desde ese amor ciego que pretende salvar a los que amamos del dolor que implica estar vivo y ser humano; o disfrutarlos desde el amor respetuoso, aún con nuestros temores tan legítimos como comprensibles, para que su “porvenir” sea precisamente eso, lo que ellos mismos irán alcanzando en su caminar.

María Colodrón Sánchez, julio de 2011.